

el mar eran insuficientes. Un jefe árabe, llamado Buchiri, había conseguido enseñorearse de toda la costa, y era evidente que, á no ponerse remedio, dentro de poco no quedaría un solo europeo en el Africa Oriental. En vista de la gravedad de las circunstancias, el Imperio germánico, alterando su programa de mil ochocientos ochenta y cuatro, intervino directamente en los territorios de la Compañía, para lo cual pidió al *Reichstag* un crédito de dos millones de marcos, que le fué concedido, y envió á Africa al célebre explorador Wissmann, con el título de comisario imperial. Wissmann no tardó en tener bajo su mando una tropa de mil cien negros, con la que pacificó el litoral. Buchiri, hecho prisionero, fué ejecutado. La insurrección estaba vencida, aunque el país continuase agitado, sobre todo, en el interior.

Esta intervención directa de Alemania en la principal de sus colonias, señala un cambio importante en la política colonial del imperio. Desde entonces, en efecto, cesan los privilegios de las compañías. Al llegar á Africa, el primer cuidado de Wissmann había sido deponer á los agentes de la Compañía y sustituir la bandera de ésta con la alemana. Declarada el Africa Oriental colonia de la corona, administróse como tal, después de un breve período de transición. El gobierno subvencionó á una compañía de navegación con novecientos mil marcos, para establecer un servicio regular de vapores entre Hamburgo y los puertos del Este de Africa; en mil ochocientos noventa, creó en el ministerio de Asuntos Extranjeros una oficina colonial especial, y el mismo año quedó constituido el consejo del ramo, asamblea consultiva, compuesta de funcionarios públicos y de personas conocidas por su competencia en la materia. Mientras de esta manera modificaba Alemania su política ultramarina, la rivalidad entre el Imperio é Inglaterra, recrudecida en el Oriente de Africa, era dada definitivamente de lado por la convención de primero de Julio de mil ochocientos noventa. Como hemos visto, en mil ochocientos ochenta y seis no se había trazado la frontera anglo-alemana sino hasta el lago Victoria; pero más allá de este lago, entre su orilla occidental y el Estado independiente del Congo, abríase una ancha brecha, por donde los colonos alemanes esperaban quizá correrse hasta los países del valle superior del Nilo, sobre todo, al Uganda, y que los ingleses, á su vez, pensaban acaso utilizar para unir sus territorios del Sur con los del Norte, realizando así la fórmula de Rhodes: «Desde el Cabo hasta el Cairo.» El doctor Peters, tomando como pretexto el ir á socorrer á Emin-bajá, encerrado desde mil ochocientos ochenta y cinco en su provincia de Ecuatoria por el movimiento mahdista, desembarcó en mil ochocientos ochenta y siete cerca de la embocadura del Tana, avanzando tierra adentro: este viaje pareció patentizar las miras secretas de los alemanes. Los ingleses contrarrestaron por todos los medios los planes del doctor Peters, cuyo navío detuvieron con sus cruceros, acusándole de dedicarse al contrabando de armas. El gobierno imperial no hizo nada para sostener al célebre doctor; pero los alemanes de Africa, que fundaran grandes

esperanzas en la expedición de Peters, pusieron el grito en el cielo, como suele decirse, y su cólera contra los ingleses aumentó cuando Emin-bajá, llevado á la costa casi á la fuerza por Stanley, en Diciembre de mil ochocientos ochenta y nueve, se ponía al servicio de Alemania para ir á recuperar, amparado por la bandera imperial, su provincia de Ecuatoria, mientras el famoso explorador norteamericano regalaba á la Gran Bretaña todos los tratados que celebrara con las tribus que residían en los alrededores del lago Alberto. Con la caída de Bismarck, el mundo colonial germánico alentó la esperanza de ver adoptar al gobierno una política más conforme con sus deseos y menos solícita en no herir la suspicacia de Inglaterra. Las siguientes palabras, publicadas por la *Gaceta de la Alemania del Norte*, le sacó de su engaño: «Nuestras relaciones con Inglaterra constituyen una de las garantías más firmes del mantenimiento de la paz europea, y el gobierno no puede apoyar empresas coloniales que, sin provecho para Alemania, vayan dirigidas contra los intereses de Inglaterra»; y, aludiendo claramente al doctor Peters, el órgano oficioso continuaba: «El gobierno no endosará ninguna letra que el primer advenedizo aventurero libre sobre territorios vacantes.» Consecuente con estas declaraciones, el gobierno imperial firmó con Inglaterra el tratado de primero de Julio, que desesperó á los alemanes de las colonias y á sus amigos, especialmente cuando vieron al doctor Peters volver apresuradamente á la costa, trayendo un tratado de protectorado sobre el Uganda.

El convenio de primero de Julio, que trata también del Camerún y del sur-oeste africano alemán, completaba la delimitación del Africa Oriental germánica, prolongando su frontera septentrional hasta el Estado del Congo y la meridional hasta el lago Tanganika. La colonia, con esto, comprendía una extensión de novecientos cincuenta y un mil kilómetros cuadrados. Inglaterra renunciaba á establecer un nexo político por entre el Estado del Congo y las posesiones alemanas, reservándose únicamente el derecho de libre tránsito entre sus dos esferas de influencia del norte y del sur. Alemania, por su parte, renunciaba á toda pretensión al Uganda y á Zanzíbar, recibiendo, en cambio, en Europa la isla de Heligoland, que algunos estimaban necesaria para redondear la unidad germánica. Inglaterra, dando pruebas de profunda previsión, hacía reconocer desde entonces, como límite de su esfera de acción, «el Estado independiente del Congo y la línea de separación de la cuenca del Nilo superior, al occidente». Tal vez pensaba Alemania, al conceder á su rival esta frontera en una comarca donde no habían aún sentado la planta una ni otra potencia, en la posibilidad de extender algún día hasta la divisoria del Nilo y el lago Tchad su colonia de Camerún, abierta todavía por el oriente. Como quiera que fuese, el caso es, según hemos dicho, que el tratado de primero de Julio indignó á los autores y propulsores de la colonización alemana: el abandono del Uganda y de Zanzíbar, sobre todo, les sacó de quicio. Para calmarlos, el canciller Caprivi publicó, en el *Monitor*

del Imperio, una memoria justificativa, diciendo: «Nos hemos inspirado en motivos de política general; hemos querido, en primer término, mantener nuestra inteligencia con Inglaterra.» El canciller agregaba que, respecto á Zanzibar, era fácil destruir su importancia mercantil, trasladando las casas de tráfico á la costa. Las predicciones de Caprivi no han sido confirmadas por los hechos: Zanzibar sigue siendo el gran centro de distribución del Africa Oriental; mas no obstante la dominación británica, el comercio alemán lo conquista poco á poco.

Desde el año mil ochocientos noventa, el Africa Oriental alemana ha dado poco que hablar; pues si ha habido allí agitación casi constante y desórdenes frecuentes, han tenido carácter local, y si á veces las tropas del protectorado han sufrido verdaderos desastres, la dominación germánica no ha estado nunca formalmente amenazada. En tres ocasiones, sin embargo, la marcha general de los sucesos en el continente africano han llamado hacia aquella parte la atención de las gentes. En mil ochocientos noventa y uno, Emin bajá, encargado de organizar el norte de la colonia, abandonó el territorio, dirigiéndose, á través del Uganda, á sus antiguos dominios del Nilo superior. Los periódicos ingleses dieron el grito de alarma; pero él *Monitor del Imperio* desautorizó al bajá, diciendo: «Ha contravenido las órdenes recibidas, y él sólo sufrirá las consecuencias.» La aventura terminó con la muerte de Emin, asesinado en las soledades del alto Aruhimi. En mil ochocientos noventa y cuatro, el gobierno imperial intervino, para hacer anular el artículo del tratado anglo-congolés, que cedía en arrendamiento á Inglaterra una faja de terreno de veinticinco kilómetros á lo ancho, entre los lagos Tanganika y Alberto-Eduardo. En fin, recientemente, despertó la curiosidad de Europa el viaje de Cecil Rhodes á Berlín, para conseguir el paso del telégrafo y del ferrocarril transafricanos ingleses á través de la colonia alemana. Obtuvo lo que deseaba respecto al telégrafo; mas en cuanto al ferrocarril, parece que será Alemania quien se encargue de construir el trozo que cruce su territorio, aunque reservándose el concluir antes su línea de penetración de Bagámoyo y Dar-es-Salam á Tabora y de aquí á los lagos. Esta última obra está apenas comenzada, como todas las demás que se han proyectado para sacar partido del Africa Oriental.

Se observa igual lentitud en los trabajos emprendidos en el sur-oeste africano, no obstante ser esta colonia, en cierto sentido, la favorita del imperio. Es la única posesión germánica en África susceptible, por su clima, de que la pueblen los blancos, y todos los años afluyen á ella numerosos emigrantes alemanes; sin embargo, ha defraudado las esperanzas que en un principio despertara, pues el terreno, en general, es árido y propio únicamente para el pastoreo, á lo que debe agregarse que la idea magna, causa determinante de su ocupación, no ha podido ser realizada. Anhelaban, en efecto, los alemanes constituir un África austral germánica, compuesta de las colonias alemanas y de las repúblicas holandesas, mediante la adquisición de los territorios intermedios; mas

no contaban con Inglaterra, que frustró sus proyectos, ocupando, en mil ochocientos ochenta y siete, la Betchuanalandia y, al año siguiente, regiones aun más septentrionales. Las repúblicas boers quedaban aisladas, y el hermoso sueño pangermánico surafricano se desvaneció como el humo. El tratado de primero de Julio de mil ochocientos noventa vino á consagrar esta situación, reduciendo la colonia alemana del sur-oeste de África á sus límites actuales, que son aun muy extensos, pues se miden entre ellos más de ochocientos treinta mil kilómetros cuadrados. Por otra parte, á virtud de dicha convención y de la celebrada con los portugueses el treinta de Diciembre de mil ochocientos ochenta y seis, una punta de la posesión alemana avanza entre la Angola portuguesa y os territorios británicos del lago Ngami. Aunque á primera vista no se comprendan las ventajas de esta posición, ofrecería un buen punto de apoyo á las pretensiones de Alemania si, por desgracia, continuase imperando la fuerza como única ley en las relaciones internacionales y se planteara la cuestión del reparto de las colonias lusitanas. Por si llega este caso, Alemania ha puesto ya la vista en la parte meridional de Angola.

En el Camerún, como en el Togo, el pensamiento inicial era ponerse en contacto con los países musulmanes relativamente civilizados del Sudán central. En el Camerún no se ha realizado esta idea sino imperfectamente; en el Togo ha fracasado por completo. Celebrando una serie de convenciones con los ingleses, los alemanes consiguieron extender la primera de las dos colonias mencionadas hasta el Benué y, más tarde, hasta el lago Tchad; pero el tratado de quince de Noviembre de mil ochocientos noventa y tres, que concedió este último límite al Camerún, cerró el Bornu y el oeste del Adamua. El citado convenio preveía el caso de que la colonia abrazase la cuenca del Chasi, puesto que le señalaba, como frontera oriental, el Dar-Fur y la línea de separación de aquella cuenca y la del Nilo; mas necesitaban los alemanes anticiparse á los franceses, que tenían la ventaja de poseer la vía que da acceso al Sangha. Así, las misiones francesas de Maistre, de Mizón y otras se adelantaron, en Baguirmi y el Adamua, á las alemanas de Zintgraff, de Morguen, de Gravenreuth, cuyo avance retardaron los ríos de la costa, la selva y la hostilidad de los habitantes. Consecuencia de esta situación desfavorable fué el tratado anglo-alemán de cuatro de Febrero de mil ochocientos noventa y cuatro, que aisló el Camerún por el oriente. A pesar de todo, la expresada colonia se prolonga hasta el Chari inferior y la orilla meridional del Tchad, comprendiendo una extensión de cuatrocientos noventa y tres mil kilómetros cuadrados. El Togo ha sido detenido en su desenvolvimiento mucho más cerca de la costa, por los progresos inesperados del Sudán francés. Su superficie no excede de cien mil kilómetros cuadrados. Al oeste, se han fijado sus límites en el convenio anglo-alemán de veintiocho de Julio de mil ochocientos ochenta y seis, al que ha servido de complemento el de catorce de Noviembre de mil ochocientos noventa

y nueve, que ha dividido entre las dos naciones el territorio de Salaga, neutralizado por ellas en mil ochocientos ochenta y ocho. El plan que tenían los alemanes de que, por el lado del Este, llegara el Togo hasta el Níger y aún salvase el caudaloso río, no se les logró; porque las misiones francesas Dæceur, Alby, Baud, Toutée, ganaron por la mano á las que dirigían Gruner, de Carnap y otras, de donde resultó que el tratado franco-germánico de veintisiete de Julio de mil ochocientos noventa y ocho, partiendo del *statu quo*, dejara confinada la colonia á que nos referimos en la zona costera. El Togo, sin embargo, es hasta hoy la colonia alemana más rica, la única que se basta á sí propia. El Camerún ocupa el segundo lugar desde este punto de vista, siendo curioso que las posesiones del sur-oeste y las del Africa Oriental, las que mayores sacrificios han impuesto al imperio, se distinguen por la lentitud de su desarrollo, si bien es de creer que, al fin, respondan á las esperanzas que hicieran concebir.

Alemania ha encaminado también sus esfuerzos á ser potencia colonial oceánica. Ya en mil ochocientos setenta y ocho, adquirió un depósito de carbón en Jaluit (archipiélago Marshall). Al año siguiente, tuvo ocasión de establecer su soberanía en la isla de Samoa; pero no quiso ó no supo aprovecharla. La quiebra de una casa hamburguesa amenazaba entregar á Bering, es decir, á Inglaterra, tres importantes plantaciones que aquélla tenía en Samoa: para comprarlas, se formó en Alemania una sociedad marítima mercantil, que pidió alguna protección al *reichstag*, Bismarck se opuso á que se le concediese; pero las dificultades que creó al imperio el condominio de Samoa, que había aceptado con Inglaterra y los Estados Unidos, le hicieron seguir en lo sucesivo con más atención los esfuerzos de las sociedades coloniales y le impulsaron á prestarles su apoyo. En mil ochocientos ochenta y cuatro, la Compañía de Nueva-Guinea enviaba una expedición á esta gran isla y al archipiélago vecino. En su lugar hemos hablado de la tentativa de Alemania para ocupar las Carolinas, y de las ventajas que le reportó la mediación de León XIII. Finalmente, en doce de Febrero de mil ochocientos noventa y nueve, según también queda dicho, el Imperio adquirió las citadas islas Carolinas, con más las Palaos y las Marianas, excepto la de Guam, por cesión de España, mediante la indemnización de veinticinco millones de pesetas.

«Los últimos treinta años del siglo décimo-noveno, dice Rambaud, están caracterizados por un hecho de capital importancia, no sólo para nuestra propia historia, sino para la historia del mundo; es la constitución de un nuevo imperio colonial, en lugar de los imperios que nos habían hecho perder los tratados de mil setecientos trece, de mil setecientos sesenta y tres y de mil ochocientos catorce. A la tercera república le corresponde la gloria de haber reparado, en la medida de lo posible, los errores de la antigua política real ó imperial, y de haber reivindicado la parte legítima de Francia en el reparto del mundo.» Las breves líneas que siguen, dedicadas á exponer sumariamente los progresos

de la colonización francesa en el período referido, demuestran con cuánta razón se expresa del modo que acabamos de ver el ilustre historiador.

En Octubre de mil ochocientos setenta, el gobierno de la Defensa nacional, residente en Burdeos, publicó, bajo la influencia de Cremieux, los tres célebres decretos, sustituyendo en Argelia el régimen militar por el civil (reforma ya pedida unánimemente por el cuerpo legislativo del segundo imperio), estableciendo el jurado y concediendo el derecho de ciudadanía á todos los judíos. Los musulmanes, muy apegados á su estatuto personal, no querían para sí la asimilación con los franceses; pero les indignaba que se otorgara de golpe el derecho de sufragio á una sola categoría de naturales. «No es que los judíos, dijeron los agitadores, adquieran la calidad de franceses; es que los franceses se hacen judíos. Francia no existe, puesto que la gobierna un judío.» Los citados decretos fueron una de las causas principales de la llamada gran insurrección; pero, además, contribuyó á ella el haber tenido Francia que retirar de Argelia casi todos sus regimientos y los jefes militares más entendidos en el gobierno y administración de la colonia, á lo que conviene añadir el desastroso efecto que produjeron entre los argelinos las tremendas derrotas sufridas por un ejército que juzgaban invencible. Sin embargo, al principio, no se tradujo la inquietud de los ánimos en un esfuerzo común á sacudir la dominación francesa; manifestóse tan sólo en el renacimiento de los antiguos odios entre las tribus rivales, que lanzáronse otra vez á la pelea unas contra otras. La única protesta armada formal fué la que abrazó las dos Kabalias, y tuvo su origen en la alianza concertada contra el marabut Ben Ali Cherif y contra los franceses, por el superior de los Rahmanya y el *bachagha* Mohammed el Mokrani: alianza incomprensible, porque el Mokrani representaba los prejuicios y los intereses de los *djuad*, opulentos hacendados, que blasonaban de nobles y guerreros y eran extraños al fanatismo musulmán, mientras en la hermandad de la Rahmanya, dábanse la mano el ardor sectario de los *juan* y las aspiraciones democráticas de las repúblicas rurales de la montaña. De esta guerra nació una insurrección formidable, no vencida sino después de librarse más de doscientos combates. Otros dos alzamientos que hubo, en mil ochocientos setenta y nueve y en mil ochocientos ochenta y uno, no tomaron tanto cuerpo.

A unos seiscientos kilómetros al sur de Argel, se halla el Mzab, cuyos habitantes, disidentes religiosos del mahometismo, habían errado por el Sahara durante siglos, perseguidos por los demás musulmanes, que al fin, los dejaron tranquilos en la Chebka, horroroso desierto de piedras y arena, en donde el tenaz trabajo de los fugitivos creó florecientes oasis. Las ciudades mzabitas formaban otras tantas pequeñas repúblicas teocráticas, sometidas á la ley religiosa más austera y á la autoridad despótica de la casta sacerdotal (los *tolba*). Los franceses habían penetrado en la Chebka en mil ochocientos cincuenta y tres, llamados por los mismos pobladores: no mantuvieron, sin embargo, la